

¿QUE HACE UN HOMBRE COMO YO EN UNA SOCIEDAD HETEROGESTIONADA COMO ESTA?

Carlos DIAZ

Madrid

1. MALVADOS ¿QUIENES?

SI ME PREGUNTO qué pinto yo en un mundo heterogestionado, es decir, en el cual las fuerzas del mal predominan estructuralmente sobre las del bien, pero donde todavía las fuerzas del bien prevalecen a escala individual sobre las del mal, entonces la respuesta comienza con este mismo artículo, que se escribe para suplir al de un amigo irresponsable que ahora se nos descuelga diciendo que él no puede escribir lo que decía iba a escribir. De manera que la urgencia de mi suplencia contribuirá a paliar en parte el desaguado del amigo, colaborará en orden a evitar el desafuero ajeno. La vida del hombre que aspira al bien consiste, pues, en eso: En no devolver mal con mal, y en procurar aportar al mundo más cantidad de bondad de la que se encontró en el mundo cuando a él llegó. Así de sencillo, y a pesar de todo así de complicado porque, incluso el que quiere hacer el bien, con frecuencia hace el mal que no desea: Incapaz de hacer el bien que quiere, es capaz de hacer el mal que no quiere. Si en el mundo todos encajáramos el mal, si lo metiéramos en nuestra propia caja sin devolverlo, antes al contrario, si lo transformásemos en oro puro y molido, entonces he aquí que la guerra habría desaparecido y una mañana amanecería tan limpia y diáfana que apenas podríamos contemplar tanta claridad.

No faltaron hasta hoy quienes pensaron que aniquilarían el mal ellos mismos, o por lo menos sus hijos, o los hijos de sus hijos, o las generaciones futuras; sería cuestión de paciencia y de modestia cambiar las entrañas de la bestia hedionda por cabello de ángel, y el desierto por tierra fértil. Pero a decir verdad abundaron más los contrarios, los que se dedican a destruir al Hermano Ozono y a preparar la guerra. Mientras tanto yo pienso que mañana mis ojos no verán en la tierra la tierra del mañana, pero que importa mucho actuar como si fuéramos a verla, y por eso hacemos ya lo que podemos, y en ello estriba todo, sin echar

cuentas de nuestro éxito o fracaso, cosa que no nos corresponde a nosotros. Contra lo que pudiera parecer, esta actitud no nace de una fuerza extraordinaria, sino más bien de una profunda sabiduría de la debilidad que se dice a sí misma: Si no esperas demasiado de los hombres no sufrirás demasiado, pero si no esperas nada no harás nada; haz, pues, para poder seguir haciendo. Y si alguien pregunta de dónde sacamos algunos tales filosofías les respondemos que de la debilidad misma que se hace fuerte en la Esperanza en lo Totalmente Otro. Por dicha esperanza en lo Totalmente Otro puede el hombre considerarse totalmente Mismo, hermano de los otros en lo Totalmente Otro.

Estoy seguro de que los malvados, los protervos, los auténticamente transgresores, los que han hecho de su libertad una voluntad enderezada hacia la devastación de Lo Demás, esos en el fondo —si es que llegan a ser tan malos como nos parecen desde fuera (dejando al margen nuestra posible identidad acaso coincidente con la suya mientras nos creemos disimétricos respecto de ellos)— esos en el fondo saben que la esperanza de que ellos mismos puedan seguir actuando como actúan se la deben a quienes no son como ellos. Por ser diferentes y a la par por hacer posible su perseverancia, los Otros, los que no aman el mal sin más, sostienen y por ende dominan a los malos. Pues el mal no se basta a sí mismo, necesita del bien incluso para destruirle, como el perro que muerde la mano que le alimenta. La esperanza del *heteros* está en el *autós*. Una sociedad heterogestionada no es ni más ni menos que una sociedad que pudiendo haberse administrado mejor camina en la errabundez, se ha vuelto loca. Quien dice heterogestión añade, pues, locura, enajenación, enfermedad mortal de la identidad. Tal enfermedad adquiere su más páfida configuración cuando ya no es consciente de su propia enajenación, cuando piensa que lo está haciendo muy bien con el gorro del Napoleón muerto hace mucho. De ahí que la dificultad máxima para vivir fuera de la alienación consista en la carencia de autoconciencia reconocitiva.

2. VAGABUNDOS ¿QUIENES?

Las monjas de una ciudad andaluza que recogen vagabundos de toda indole y les dan de comer ya han tenido una prueba de esa carencia de conciencia de la propia alienación, pues los vecinos las han cercado y agredido con violencias varias: “¿Cómo voy a consentir que mi señora pase por esa pared que huele a orín, porque ellos la mean al aire libre?”, dice un vecino; “yo no estoy dispuesto a que mis hijos convivan con esa gentuza”, grita otro; “no queremos que nuestra ciudad sea la cloaca de España”, enfatizaba un tercero. He aquí que esos vecinos, probablemente millonarios en deseo más que en verdad, quizá incluso cristianos más en costumbre que en realidad, odian a los vagabundos que, en efecto, no están bien afeitados, no conocen las reglas de urbanidad, no saben de buenos modos, e incluso sacan la navaja de vez en cuando. En lo que a mí se refiere puedo decir que los vecinos de mi propia casa denunciaron a la guardia civil a unos

gitanos próximos porque eso no podía continuar. La casa se devaluaba. Se trata de vecinos muy sensatos, pero quizá tan alienados que su capacidad para remontarse por encima de la anécdota era cero.

Por lo mismo, espero que cuando las comunidades religiosas más decentes empiecen a recoger enfermos infectocontagiosos graves (pues serán hoy esas comunidades las únicas que lo puedan hacer con amor, como ayer lo hicieron con quienes representaban el lumpen social) se les venga encima la opinión pública, porque la opinión pública que habla tanto no sabe casi nada. Imaginen ustedes qué piensa un servidor de ese colegio de “religiosas” que, en la antítesis del hombre nuevo, rechazaron a un niño portador de un virus mortal cuando aún no era contagioso. Si no era contagioso ¿por qué lo rechazaron? Y si era contagioso ¿por qué no se le aisló con amor, en lugar de dejarle en la calle? Cada generación tiene sus leprosos, y nuestra lepra está ahí. Hemos progresado en viajes interplanetarios, no en sanación de los corazones leprosos: Hemos ante una profunda alienación, ante una terrible heterogestión.

3. ¿ASESINOS QUIENES?

La gente normalita no sabe; no me refiero aquí a que sepa poco o nada de latín, o que ignore tales o cuales contenidos básicos, a que la formación de los bachilleres deje bastante que desear; todo eso, siendo grave, no sería tan malo como carecer de capacidad para enjuiciar la realidad críticamente y conforme a unos valores. Por esa terrible ausencia la gente vive en el relativismo, y sólo busca como absoluto lo que tiene que ver con el dinero, con el tener, con el prestigio, con el poder. De todas las alienaciones quizá esta sea la más dañina, pues sabemos que puesto a hacer el mal el hombre llega mucho más lejos que cualquier otro animal.

Por mor de esa prevalencia de lo animal sobre lo racional o sobre lo espiritual las gentes olfatean de hecho la presa, y su cabeza parece una veleta desquiciada, sin norte-sur-este-oeste. A la hora de la verdad la gente anda sin rumbo, se ciñe al instante, juzga las cosas según la pasión del momento o el color de la camiseta. En casos extremos mira al muerto y después de enterarse quién le disparó toma partido, porque la muerte le parece irrelevante al lado del humo del cañón y los milímetros del casquillo.

¿Saben ustedes que en el mundo no llega a un cinco por ciento el número de las personas que tiene un criterio moral formado adultamente? Un criterio moral formado adultamente es aquel que procede con estabilidad y con sentido crítico, ponderando objetivamente conforme a unos valores ordenados de mayor a menor. Y esto es hoy perla extraña para el común de quienes se adornan con quincalla. No es, por otra parte, el Occidente capitalista y abundante económicamente el lugar donde prevalece el sentido moral adulto, antes al contrario allí decrece hasta el dos por ciento. Nadie sabe, de verdad, hasta dónde puede llegar un rico con armas y sin sentido moral.

Se dirá que no es para tanto. No es para tanto porque el pueblo no formado no lleva armas. Si llevara armas dirimiría sus conflictos como en el Vietnam. Los pesimistas (esos sí) dicen que nunca sabremos dar suficientemente las gracias al Estado porque él lleva las armas por nosotros: Gracias al ejercicio legal de la violencia que él canaliza no se producirían violencias ilegales sin número entre el pueblo. En el fondo los que acusan de pesimismo son los mismos que avalan este razonamiento cuando piden más policías, más "protección ciudadana" y más vigilantes jurados, pues sólo por su mediación se saben "seguros".

Imaginen ustedes qué pasaría si nos quitasen los aparatos represivos del Estado. Piensen en el "Día de después".

De manera que armados siempre cabe el riesgo de los tiros; y desarmados siempre cabe el riesgo de la dominación de los fuertes, así que ¿hay solución con la lógica de la violencia, que es expresión del predominio del egoísmo y de la búsqueda del tener a costa del ser?

Una vez más hemos de reiterar: Seremos todos asesinos mientras la persona no sea considerada como un fin en sí mismo, un fin en sí mismo de tal naturaleza que nada valga para nosotros más que ella en la tierra: un fin en sí mismo de tal naturaleza, que su trato nos resulte lo más gratificante y lo más atractivo. Para ello hemos de cambiar los arsenales bélicos en corazones infantiles. Los enemigos de la heterogestión sabemos que ese cambio es difícil, y que nosotros mismos no siempre lo propiciamos. Pero pedimos perdón por no lograrlo, y no nos importa que nos recuerden que somos pretenciosos. Precisamente por ahí entendemos que puede venir el cambio. Nuestro problema consiste en que los demás puedan tomarnos por tontos mientras ellos siguen el maquiavélico lema de "el fin justifica los medios", que nosotros rechazamos. Tenemos demasiado amor propio todavía: Señal de que su juicio nos hiera porque no estamos aún en el camino que deseamos. Querer sin embargo caminar ya es caminar.

4. IDOLATRAS ¿QUIENES?

Hay heterogestión cuando la persona no es ella misma un *autós*, un fin en sí. Y cuando tal, entonces surgen en nosotros todos los enanos del mundo, es decir, todas las idolatrías habidas y por haber. Todo época tiene las suyas, y la presente no iba a ser la excepción, aunque así lo piense el progresismo ingenuo que piensa estar al borde de la promesa cumplida.

Pero ¿cuáles son nuestros ídolos a los que secularizadamente rendimos pleitesía, por los que incondicionalmente damos la vida, a quienes fácticamente entregamos nuestros días? Si me equivoco no pasa nada, pero creo que nunca hubo menor tensión ideológica y cultural-cultural que hoy desde hace veinte siglos. Vivimos en un occidente que ha deshecho todas sus "catedrales góticas". No queda nada en pie que la filosofía no haya destruido: Los filósofos de la "muerte de Dios" primero, los filósofos de la "muerte del hombre" después, los

filósofos del materialismo en su condición dialéctica por último, y hoy mismo los positivismos, pragmatismos, hedonismos, epicureísmos y biologismos que ignoran la máxima de El Principito: "Lo esencial es invisible a los ojos". Nada ha quedado en pie: ni las nociones de causa, de sustancia, de sujeto, de persona, de teleología, de alma, o de trascendencia. Los filósofos se han especializado en el arte de la autofagia y ahora sólo pueden comerse los propios hígados: Ellos mismos, y no el águila de Prometeo, vampirizan sus vísceras en la noche de los muertos vivos. Impresiona ver la carencia de arquitectura espiritual en el occidente bimilenario y a la vez finisecular.

Por eso "sólo nos queda la comida"; por eso "todos los héroes han muerto"; por eso el nihilismo es el mejor manto para que encima de él tenga lugar la cama redonda. No conozco época como la nuestra, si dejamos al margen a ciertos momentos muy puntuales de la historia (sofística griega del siglo V antes de Cristo; tiempos de Sodoma y Gomorra judíos; milenio medieval). Pero lo específico de nuestros días es que hoy el nihilismo y el hedonismo son la filosofía dominante, la gramática de nuestros actos, los cuales no se producen como contravención sino como delectación. Dos discípulos decadentes de Nietzsche puestos a circular entre nosotros por una misma mano inductora marcan la pauta al respecto. Bataille y Cioran. Nada tan terriblemente desesperanzado y blasfemo conozco como la obra de Cioran "Del inconveniente de haber nacido". Nada tan pretencioso y vacío como la "Summa Atheologica" de Bataille compuesta por "La experiencia interior", "El culpable" y "Sobre Nietzsche, voluntad de suerte".

Si no estamos muy desacertados en la interpretación de nuestra heterogestión estamos pasando insensiblemente del viejo recuerdo cristiano cada vez más paganizado a un paganismo total, y por ende pre-cristiano: El horóscopo sustituye a la Providencia; el culto a los perros (véase las tesis del antropólogo más influyente en España, Gustavo Bueno) y la moda de las sociedades protectoras de animales prevalece sobre el amor al argelino o al gitano y a la real operancia de los derechos humanos; la religión de la Cruz y del Amor recula ante el culto a Tranquillitas y a Vacuna; se diga lo que se diga, Nietzsche fue preclaro al ver cómo el cristianismo de occidente, vivido a la Corintia, sólo podría terminar por negarse a sí mismo, y por ende sólo por generar politeísmo: "Nosotros creemos en el Olimpo... y no en el Crucificado, afirmaba Nietzsche. Y en consecuencia "si hay dioses, cómo voy a consentir yo no ser Dios", concluía.

En última instancia, todo politeísmo se resuelve en egoísmo autolátrico: Mientras los muchos dioses rivalizan por ocupar el podio, el hombre se abanica a sí mismo.

5. NUESTRA PARTICULAR HETEROGESTION: MINIMA INMORALIA

Recapitemos un instante para retomar lo dicho y continuar, ahora que nuestro cansancio se acumula: Cuando hemos instaurado el politelismo y hemos hecho de nuestro yo el centro del cosmos he aquí que lejos de divinizarlos nos empequeñecemos, y ya ni siquiera tenemos el pecho del feliz guerrero wikingo nietzscheano, ya no estamos para aventuras como la de Zaratustra, ya no ascendemos por la montaña para galvanizarnos con los destellos luminicos de Zeus. Estamos desfondados, entre la moda joven de El Corte Inglés y los asilos escasos para los ancianos. Desde hace meses el cantante italiano Franco Battiato nos lo viene diciendo: "Se pelean por nada, minima inmoralia". Hemos hecho una civilización que no está para las "minima inmoralia" de Theodor W. Adorno, ni para las "éticas mínimas" de Adela Cortina, nuestra querida amiga, sino para inmoralidades sin altura.

Las inmoralidades a lo grande, las de "altura", las hacen quienes —como se decía atrás— tienen el poder y las armas. Por eso allí vive hoy la alienación cuantitativamente mayor. Cada vez que pienso en la tragedia del marxismo para devenir socialismo, y la del socialismo para devenir Guerra/González, me entra tal tristeza, que se me hace presente Feuerbach: "La nueva religión del futuro es la política". ¡Qué error, que inmenso error!

En una sociedad heterogestionada, pues, los ciudadanos de a pie recogemos las migajas de inmoralidad que caen de la almena del Castillo kafkiano. Nosotros compramos las armas para cazar, y ellos, una vez desmantelados algunos misiles de largo alcance, se dedican a la reconstrucción de armas sofisticadas por un lado, y de Guerra de las Galaxias por otro para larguísimo/cortísimo alcance.

Mientras tal acaece, nosotros gastamos las lacas para mejor poner de punta los cabellos a la moda, y ellos construyen gases lacosos con que asimismo romper la capa de Ozono de este planeta; nosotros incendiarnos nuestros montes por descuido o por maldad, y ellos degradan las selvas con industrias contaminantes; nosotros talamos los árboles para construir nuestros chalets o segundas residencias, y ellos construyen Pentágonos.

Lo más triste es que nuestra particular guerrita de las *minima inmoralia* ¡es la misma a pequeña escala que la del Estado a gran escala! *Es lo típico de una sociedad alienada. Hemos dado en el clavo.*

¹ Sea esta la única nota a pie de página para un artículo no destinado al jardín de Akademos: Feuerbach, L.: *Notwendigkeit einer Veränderung*. In *Kleine Schriften*, K. Löwith (ed), Frankfurt 1966, 274. En esa frase de Feuerbach se condensa toda la culminación de la Ilustración, y toda la tragedia del trueque de la cruz por el cetro y la corona, asimismo todo el iter desventurado de los que cansados de sntana se cñeron el cñgulo del Partido y de la Alcaldía. Terrible historia por cuya denuncia temprana hubimos de sentirnos solos, en una larga marcha de soledades que infortunadamente no cesa.

Dos son las graves vías de agua que se abren en el barco heterogestionado a la deriva: La pérdida de la noción de persona y de su valor inmenso, y la pérdida de la noción de que colaboramos con el Estado incluso cuando creemos oponernos a él. Y de resultados de eso sale lo tercero y terrible: La destrucción irreversible, irrecuperable, sin parangón en el pasado, de la Naturaleza misma, nuestra hermana mayor, la que nos hace posible el convite y la existencia.

Cree el hombre de hoy estar sensibilizado para la lucha contra la degradación de la naturaleza; no lo estará del todo hasta que no tome conciencia de las dos premisas anteriores y anteriormente mentadas. Téngase esto muy en cuenta y tómese absolutamente en serio si se quiere cambiar hacia la autogestión. Nunca lo subyaremos suficientemente.

6. THE PLANET OF THE APES

Ustedes recordarán esa película "El planeta de los simios": Unos astronautas aterrizan en la tierra de que proceden; han pasado varios cientos de años; sin saberlo vuelven a su patria arrasada y ahora dominada por una generación de simios que trata como a animales a los hombres que tantos merecimientos habían hecho para ser superados. Un film impresionante que nos habla de la soberbia del hombre que pudiendo autogestionar, destruye.

Pero de todos modos el ser humano se resiste a reconocer que también su propia generación comete desafueros, y se los endosa al hombre del pasado o al del futuro: Idolos nunca reconoce tenerlos en su pecho.

Si tuviéramos que señalar el perfil de nuestro Planeta de los Monos sería este: No saber/querer/poder reconocer que somos finitos. Nos reimos de cuando comprábamos bulas para comer tales alimentos prohibidos en tales días, pero no reconocemos la bula que nos permitimos al comer todos los días una dieta que nos degrada. Nadie quiere reconocerse ni en público ni siquiera en privado pequeño, pecador, profundamente pecador pequeño ante Dios. Confesarse cuesta trabajo porque duele arrancar del pozo negro pecados, cuando uno aparenta ante sí mismo y ante los demás ser un sepulcro blanqueado. Tampoco la sociedad permite el lujo de dar muestras de debilidad, y antes de que te hayas manifestado sensible te han afeitado en seco, te han segado la hierba bajo los pies. Mientras tanto, no podemos/sabemos/queremos quitarnos las máscaras con que nos defendemos. Ni siquiera comenzamos a hacerlo en pequeños grupos fraternos para irnos desenmascarando con mejor habitud cotidiana.

No. No reconocemos la dimensión humana, apurada, porque no sabemos conjugar culpa y perdón, no sabemos decir: ¡Feliz culpa la que mereció tal redentor! Casi nunca aprovechamos la culpa para la conversión al Amor gozoso. Y por eso huimos, como de la peste, de la maldad reconocida en nosotros mismos, y así no podemos superarla, y de tal guisa jamás se cambia el mundo. El

mundo se cambia a la par como Mounier decía: Desde el corazón y desde el acontecimiento social y mundano.

Pero ¿no está muy alienado un corazón que teme saberse infartado aunque lo esté? Es curioso: Los más aparentemente "optimistas", los que te acusan de pesimismo, son los mismos que le huyen como al diablo al mundo que envejece, mientras se segregan en doradas mansiones. No quieren saber de estadísticas que les recuerden el mal en el mundo, y lo niegan mirando su ombligo; edulcoran la urgencia praxica y confían en el retén de hombres; te llaman fundamentalista si dices que no hay autogestión sin reconocimiento o al menos sin apertura a una posible Trascendencia que sea Amor, y sin embargo les ves hundidos con el agua al cuello, chapoteando entre el barro residual de la sospecha de los filósofos que en nada creen; desprestigian el llanto de Isaías y se creen más proféticos entre jajajás y jijijis burgueses; su optimismo nace de una burla sobre el cadáver heterogestionado y de cuerpo presente, porque no saben aguantar a pie enjuto un optimismo con crespón de luto, un optimismo en la tribulación; y ciertos cristianos —en el colmo del colmillo— olvidan el signo presencial de la cruz testificante como condición de posibilidad de resurrección.

En efecto, vivimos en el miedo que nos lleva a no reconocer los daños todavía reparables. Huimos hacia adelante, pero con ello parecemos una nube de cangrejos retrogradantes y senescentes. Olvidamos que todos nos salvamos, o todos perecemos, pues el neoindividualismo de los "italianos felices" no es, hermanos, la solución. No es, no, hermanos, la solución.

7. AUNQUE NADIE SEA PROFETA EN SU TIERRA

Vivimos hasta las cachas en una sociedad heterogestionada a gran escala. Pero, como decíamos al principio de este artículo de suplencia, afortunadamente la vida está hermosamente llena de detalles preciosos, que entran en nuestra pituitaria nada más abrir la ventana, y que son un ejemplo vivo de Teodicea: Gracias, hermana luz, hermano aire, gracias humildes protozoos suspendidos corpuscularmente en la vida, gracias por todo. Por el vecino que nos sonríe, por el cartero que me trae nuevas buenas o simplemente nuevas, por el lector de *Acontecimiento*, por nuestros vivos y por nuestros difuntos, por la sopa de ajo. Por los niños, por los niños, por los niños. Por la filosofía, por la ignorancia, por la errancia y por la errabundez, por el extravío que busca, por el sur. Por el sur, por el sur. Por un par de seminaristas perdidos en Astorga. Por el monumento al Humilde Desconocido. Por el amor, Dios mío, por el Amor. Por no acostumbrarnos a nada, por vivir en la perplejidad, por nuestra viatoria y extravagante condición, por nuestra brújula modesta y enloquecida. Por los que nos aguantan. Por los que nos lavan y dan de comer. Por los que nos quitan la caca.

Nadie es profeta en su tierra. Nadie puede presentarse como mejor que nadie. Todos somos, amigo Machado, tu lo sabías, iguales en Castilla. Y en León, y en el mundo entero. Nadie puede esperar a que le hagan caso por su sola

autoridad, de tejas abajo. Nadie es, en efecto, profeta en su tierra. Pero ¿no podemos al menos hacer el esfuerzo de vivir fuera de la prosa, en los caireles de la rima, en la poesía, en la poiesis que construye, en la utopía que no es mentira? Si aún no ha comenzado la primavera, abre la ventana. Ya entrará.

LA DESUBORDINACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Miguel LIZCANO

Madrid

PARADOJA DE LOS LENGUAJES Y POLISEMIA DEL TÉRMINO "DEMOCRACIA"

J. A. MARAVALL dedica el artículo "Nadie es profeta en su tierra" a la "democracia" y a la "democracia" y a la "democracia". En el artículo se dice: "Un autor que habla de 'democracia' desde la perspectiva de la teoría racional, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera, también lo hace desde la perspectiva de la teoría de la política, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera". En la segunda parte del artículo se dice: "El autor dice que el conocimiento de la realidad política no se reduce al sentido común de la realidad política, sino que se reduce al sentido común de la realidad política, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera".

La paradoja de los lenguajes y la polisemia del término "democracia" se manifiesta en el hecho de que el autor dice: "Un autor que habla de 'democracia' desde la perspectiva de la teoría racional, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera, también lo hace desde la perspectiva de la teoría de la política, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera". En la segunda parte del artículo se dice: "El autor dice que el conocimiento de la realidad política no se reduce al sentido común de la realidad política, sino que se reduce al sentido común de la realidad política, como si fuera un concepto que de por sí se entendiera".